



LA GARZA DE PORTUGAL.

VERDADERA RELACION, EN LA CUAL SE refiere la historia desgraciada de Doña Inés de Castro, Coello de Garza, de Portugal.

A la Reyna de los cielos,
que con excelencias tantas
se coronó de laureles,
para llevarse la palma:
aquella que ave divina
se remontó bella Garza
á lo mas alto del cielo,
en donde está coronada:
le suplico que me preste
una pluma de sus alas,
para que escriba mi ingenio
la crueldad mas inhumana,
y la lástima que lloran
de bronce y mármol estatuas.
En ese reyno lucido

de la nacion lusitana
nació un Príncipe famoso,
á quien dió nombre la fama
de cruel, que para serlo
le dieron bastante causa.
Por gusto del Rey su padre
con una Infanta de España
casó el Príncipe Don Pedro
con grandeza soberana;
y á Portugal con su Reyna
pasó por dama una dama,
cuya hermosura por grande
se igualó con su desgracia:
era Doña Inés de Castro;
ya lo he dicho, que esto basta.

Murió luego en Portugal
la Princesa castellana:
sintió Portugal su muerte,
tanto como le tocaba,
y el Príncipe se portó
con grandeza soberana;
y sosegada la pena,
que el tiempo todo lo acaba,
salió para divertirse
á un jardin, como estilaba,
donde dió vista á una fuente,
de una fábrica tan rara,
que era taza de alabastro,
como una taza de plata;
y al espejo de sus ojos
vió reclinado en las aguas,
que en los frígidos cristales
el espejo se miraba.
Llegó el Príncipe á la fuente,
porque el fuego busca el agua,
y mirando su hermosura,
quedó su vista abrasada,
y á su cariñoso estilo
volvió Doña Inés la cara.
Quedóse el Príncipe elado,
y Doña Inés quedó elada,
bebiéndose los alientos
por los ojos hasta el alma.
El fuego venció á la nieve,
y derritiendo la causa,
que aprisionaba la lengua,
rendido el Príncipe le habla.
Palabra le dió de esposo,
prometiéndole coronarla
por Reyna de Portugal;
y la dama cortesana,
con justo agradecimiento
su cándido jazmin saca.
Dióle la mano de esposa,
y en fe de mano y palabra,

se casaron en secreto
con union muy voluntaria.
Y temiendo que su padre
esta union les estorvára,
para que mas se ocultase,
del real palacio la saca,
apoyando su hechizo
en una quinta, que estaba
convecina del Mondego.
Y su padre que ignoraba
los lances que he referido,
trató luego con Navarra
(atribuyéndolo á dicha)
el casarlo con su Infanta.
De Navarra el Rey lo aceptó,
y la Infanta Doña Blanca,
acompañada de grandes
de su corte y de su casa,
pasó á Lisboa, causando
mil penas eslavonadas.
Visitó el Príncipe al Rey,
el cual le ordena y le manda,
que pues ha de ser su esposa,
visitase á Doña Blanca.
Obedecióle Don Pedro,
y le recibió la Infanta
con cariñosos cortejos,
y el Príncipe así le habla:
Serenísima Señora,
cierto me holgára en el alma,
escusar vuestro disgusto.
y el mio, que por ser causa
de los precisos desaires
en que os veo precisada.
Mas supuesto que es preciso
vuestra pena declararla,
rompa mi voz el silencio,
pues ya no puedo ocultarla.
Casé, señora, en Castilla
primera vez con su Infanta,

por el gusto de mi padre;
pero pues no está ignorada
la causa de estos principios,
pasemos á la sustancia.
Cuando mi difunta esposa
pasó á Portugal de España,
vino asistiéndola entonces
una bellissima dama,
una hermosura, un prodigio:
perdóneme el alabarla
vuestra Alteza en su presencia,
que su belleza informarla
me importa, porque disculpe
temeridades osadas,
cuando conozca advertida
de estos extremos la causa.
Era en fin por abreviar,
Doña Inés Coello de Garza,
tan garza, que su hermosura
y discrecion remontada,
por ser un cielo, es el centro
de la gloria de mi alma.
Vióla mi vista, y perdíla,
pues me la robó su gracia:
solicité su hermosura,
y favoreció mis ansias,
tanto, que logré la dicha
de gozar premios por paga.
Ya Doña Inés es mi esposa,
que está conmigo casada:
su esposo soy tan gustoso,
que á mi dicha no se iguala
la mayor dicha del mundo,
por ser mi dicha tan alta.
Y así padrá vuestra Alteza
volverse luego á Navarra,
que sola Inés ha de ser
en Portugal coronada.
Fuese el Príncipe, y quedóse
en blanco la triste Blanca,

dando licencia á sus ojos,
para que tristes lloráran
la pena que padeci;
y el noble Rey de Navarra
sintió con grandes extremos
el desaire de su hermana.
Mandó que al arma tocasen
las trompetas y las cajas,
y los fuertes capitanes
se pusieron en campaña
con egércitos valientes,
bien prevenidos de armas,
hasta ver de Portugal
la corona derribada:
que para recuperar
el agravio de su hermana,
solo pretende ponerla
por alfombra de sus plantas.
Sonó el clarín belicoso,
crujió el parche de las cajas,
poblóse el campo de picas,
de mosquetes y alabardas,
y con ricos estandartes,
y banderas tremoladas,
se puso sitio á Lisboa,
y temiendo su arrogancia,
pidió el Rey portugués treguas,
y á sus Consejeros llama,
y puesto en su trono altivo,
su consejo les demanda.
Era el uno Egas Coello,
y Alvar Gonzalez llamaban
al segundo Consejero,
y el consejo que le daban,
fue que Doña Inés de Castro
muriese, que era la causa
de la guerra, y que su muerte
era de mucha importancia.
El Rey replicó que no,
que era tirania ingrata.

Replicaron los traidores,
que se perdía su fama,
y juntamente su vida,
y su corona arriesgaba.
Y en fia tiranos y alevos
tantos riesgos alegaban,
que se bajó de su trono
el Rey, dejando firmada
de Doña Inés la sentencia,
que muriese degollada.
Al Príncipe aseguraron
en la prision de un alcázar:
se partieron á Coimbra,
donde Doña Inés estaba.
Aquí la mano me tiembla,
aquí la pluma se para,
aquí el pulso titubea,
y la lengua aprisionada
entre penas y tormentos,
no pronuncia lo que habla.
La leyeron la sentencia
á aquella cordera mansa,
á aquella que imitó á Abél
entre el furor y la saña
de tan ingratos Caínes,
y vestida de mil ansias,
rociaron sus auroras
perlas, que en la filigrana
de sus hermosas megillas
se miraron esmaltadas;
y sentada en una silla,
las manos atrás le atan.
Llegó el tirano homicida,
cubrió su cielo una vanda,
cortó el ingrato cuchillo
su bellissima garganta.
Quedó aquella nieve roja,
aquella luna eclipsada,
aquel sol todo nublado,

aquella luz apagada,
aquella estrella sin rayos,
aquel lucero sin alva,
sin púrpura aquella rosa,
aquel clavel sin fragancia,
aquel jazmia deshojado,
y sin cuello aquella garza,
abatido ya su vuelo,
y remontada su fama.
Murió Doña Inés de Castró,
Dios le dé gloria á su alma,
y entre hermosos paraninfos
se eternice colocada.
Y el Príncipe mas amante,
cuando supo la desgracia,
sus amorosos extremos
dígalos por mí la fama.
Y desmintiendo la noche,
con la luz de cien mil hachas,
le hizo un entierro solemne
desde Coimbra á Alcobaza,
donde sobre su cabeza
puso la corona sacra,
y luego todos sus grandes
besaron su mano blanca,
haciendo que todo el reyno
por su Reyna la jurára.
Y á los ingratos traidores
por las traidoras espaldas
arrancó los corazones,
porque su culpa pagaran.
Emplazado murió el Rey,
para dar cuenta tan larga:
quedó Doña Inés sin vida,
y los traidores sin alma.
Y cuando supo el suceso,
levantó el sitio Navarra;
y el Príncipe sin consuelo
quedó llorando mil ansias.

F I N.

EN VALENCIA: Por la Hija de Agustín Laborda, en la Bolsería.